

U. D. 1: INTRODUCCIÓN

Tema 2: EL LENGUAJE RELIGIOSO

El lenguaje es el modo de expresión humana más completo. Y así como sirve para que los hombres se comuniquen entre sí, existe también un lenguaje religioso para hablar con Dios y para hablar de Dios.

En el lenguaje religioso intervienen todos los términos del lenguaje humano. En él aparecen todos los modelos del mismo: asertivo, optativo, etc. Pero todos estos elementos son religiosos si la referencia a la trascendencia los transfigura en símbolos y si surgen de un hombre establecido en la respectividad afectante con esa trascendencia. Por eso lo decisivo en el lenguaje religioso no son los términos que utiliza el sujeto: "ser supremo", "Dios", "pastor", "roca", "salvador", sino la actitud de trascendimiento de la que surgen.

Lo importante para la constitución del lenguaje religioso no es que el sujeto en él afirme, niegue, pida, alabe o pregunte. Lo decisivo es que el sujeto se haya establecido en la relación afectiva con el Misterio y que esos modos del lenguaje expresen las dimensiones, situaciones y actitudes que constituyen al hombre.

2.1. Características del lenguaje religioso

Las dos grandes características que confieren su especificidad al lenguaje religioso son: su condición simbólica y su implicación personal.

A. Lenguaje simbólico

La primera característica del lenguaje religioso es que se refiere a realidades sujetas a la imposibilidad de una comprobación empírica o de tipo científico.

Inevitablemente, el lenguaje religioso tiene que ser un lenguaje simbólico. Es decir, tiene que servirse de realidades tangibles para hablar de lo intangible, de lo visible para hablar de lo invisible.

Si recordamos cómo Jesús utilizaba las realidades del mundo entorno para referirse a realidades religiosas como el "reino", podremos entender bien este carácter simbólico.

La relación religiosa tiene como término una realidad que no puede ser nunca objeto directo del pensamiento ni de ninguna otra facultad humana. Por eso ningún acto humano puede captarla y no cabe un lenguaje que la describa ni que haga afirmaciones directas sobre ella. El hombre no podrá, por tanto, expresar su presencia y los rasgos de la misma más que recurriendo a mediaciones mundanas, es decir, a realidades naturales en las que, gracias a la presencia que se la anuncia en su acto de transcesndimiento, descubra y exprese la presencia de la realidad trascendente que transfigura esas realidades mundanas y las convierte en símbolo.

Todas las categorías de la vida religiosa deben inscribirse en este horizonte, so pena de rebajar la realidad trascendente a que se refieren al orden de lo mundano y de lo objetivo. Tal condición simbólica de las expresiones religiosas aparece con claridad si atendemos a las realidades mentadas por las diferentes formas de lenguaje y de expresión religiosa. Estas pueden ser muy variadas, ya que todo en el mundo y en el interior del hombre puede ser vivido religiosamente: la naturaleza y sus fenómenos, la historia y sus acontecimientos, el hombre; su cuerpo y su vida toda. Pero todas estas realidades, cuando son utilizadas como término de expresiones religiosas coinciden en

remitir al hombre más allá de él mismo, hacia la realidad invisible que a través de ellas se hace presente, sin dejar de ser invisible.

Puesto que lo religioso no es algo que el hombre posea sino que es una realidad que se espera, que se tiene en primicias, el lenguaje religioso se pronuncia "con temor y temblor" y es, por ello, lenguaje balbuciente.

B. Lenguaje autoimplicativo

La segunda característica común a todas las formas de lenguaje religioso es su inscripción en un horizonte personal. Esta inscripción comporta dos aspectos. El primero consiste en el hecho de que, si bien no todas las expresiones del lenguaje religioso tienen un contenido personal, todas, para ser religiosas, han de **realizarse desde el interior de la relación del hombre con la realidad trascendente**, desde la respectividad efectiva con ella.

Este primer aspecto se traduce inmediatamente en el segundo, que consiste en el hecho de que en todas estas expresiones se contiene **una referencia al propio sujeto que por eso se siente auto implicado en ellas**.

Dicho en otros términos: las expresiones religiosas se refieren sencillamente a Dios; todas implican una relación con lo divino que hace que el Dios en general pase a ser "mi Dios".

En todas ellas Dios deja de ser un nombre común para pasar a ser un nombre propio, entendiendo por tal la "*condensación de la presencia personal operada por un nombre singular*". Y todas estas expresiones no son tan sólo afirmaciones sobre lo divino, sino expresiones del reconocimiento por un sujeto de esa realidad divina.

Todas las expresiones religiosas suponen, implícita o explícitamente, el "yo creo en ", aquello a lo que la expresión se refiere. Todas las fórmulas del lenguaje religioso, todas las expresiones religiosas son de alguna manera **autoimplicativas**. En el terreno religioso quien expresa algo está diciendo en realidad **lo que le pasa a él**.

2.2. Expresiones del lenguaje religioso

En todos los tiempos el hombre religioso ha pensado en su Dios y le ha hablado, pero también ha pensado sobre su Dios, ha hablado sobre él y lo ha anunciado a los demás.

La variedad de formas y de estratos del lenguaje religioso es grande. Podemos intentar establecer una clasificación, partiendo de las situaciones más sencillas y originales a las más complejas y racionales.

A. Dejar hablar a Dios

El primer momento de expresión religiosa consiste, más que en un hablar del hombre, en dejar hablar a la presencia inundante que ha irrumpido en él. Ahí aparecen confusamente mezcladas la "evidencia" de una superioridad absoluta, la convicción de la íntima dependencia, la conciencia de la propia limitación ante su grandeza y la seguridad de encontrar en ella la tan ansiada salvación.

En este primer momento del lenguaje religioso se expresa en múltiples formas una compleja situación existencial de "invasión" del sujeto por una realidad absolutamente superior. La primera forma del lenguaje religioso es, pues, la **exclamación**. Confusamente, pero con la más viva inmediatez y la más densa riqueza, resuenan en la voz de la alabanza religiosa la adoración, la esperanza, la confianza, es

decir, los aspectos fundamentales de la actitud religiosa en lo que tiene de relación con la trascendencia.

B. Hablar a Dios

Inmediatamente ligada a ellas aparece una segunda categoría de expresiones del lenguaje religioso. Se trata de expresiones en las que el sujeto ha tomado conciencia de la situación en que se encuentra y se recupera frente a la presencia de la trascendencia haciéndose eco de la interpelación que le dirige.

El hombre religioso que comenzó por dejar hablar a Dios en él, habla ahora a Dios con la única palabra que responde a la situación en que se encuentra: la **invocación**, la **súplica**, la **petición de auxilio**. A este nivel pertenecen expresiones tan típicamente religiosas como: ‘Te damos gracias, Señor’, ‘Señor, ven en nuestro auxilio’, ‘Perdónanos, Señor’, y las innumerables formas de invocación que desgranar, de acuerdo con las diferentes situaciones humanas la presencia reconocida y aceptada del Misterio.

C. Hablar del mundo y de la historia desde Dios

El tercer nivel del lenguaje religioso surge de la necesidad de reinterpretar la propia vida y el mundo en el que discurre desde la experiencia transformante de ese encuentro. Es el momento de la transfiguración simbólica del mundo y de la historia que permitirá afirmar: ‘El cielo pregona la gloria de Dios’, o ‘Yahvé liberó a nuestros padres de Egipto’, o ‘En Jesús Dios nos ha visitado’. El sujeto religioso habla aquí del mundo y de la historia, pero habla desde Dios, y este origen transfigura a ambos y los convierte en **teofánicos**.

D. Hablar de Dios desde la relación con Dios

Por último, el sujeto religioso intentará hacerse cargo de lo ocurrido en esa experiencia religiosa cargada de luz, al mismo tiempo que cegadora. Para ello utilizará aserciones por las que intenta situar en el conjunto de las realidades de su mundo la nueva realidad que lo ha transformado y reorganizado por completo. De ahí surgirán las formulaciones más propiamente asertivas del **lenguaje religioso teológico**. Ahora aparecen aserciones cuya función es nueva dentro del conjunto de la actitud religiosa. Cuando el teólogo afirma: ‘*Dios es el creador de todo*’ su intención primera no es la invocación ni la alabanza. En esta afirmación expresa él su intención de inscribir el término de la actitud religiosa en un sistema de pensamiento que le permita organizar la realidad, de manera que en torno a ese término se integren todos los elementos del sistema. En este nivel habla él hombre de Dios, pero, para que su palabra sea religiosa, debe hablar desde Dios o, mejor, desde la relación con Dios.

2.3. La verdad del lenguaje religioso

Podemos señalar ante todo que el lenguaje religioso se diferencia en este terreno del lenguaje científico. Este último tiene que presentar pruebas de su verdad y está sujeto a criterios específicos de verificación. Sin embargo el lenguaje religioso no es un lenguaje ajeno a todo a criterio de verdad, como si se moviese en un terreno de irracionalidad en que se habla de Dios ‘porque es absurdo’. Por el contrario, también el lenguaje religioso tiene su verdad y se pueden enunciar algunos criterios que ayuden a verificarla.

De todos modos es importante señalar antes que nada que cuando hablamos de la verdad del lenguaje religioso nos referimos a la verdad del lenguaje y no a la verdad de su contenido.

Para llegar a los criterios de verdad del lenguaje religioso podemos recordar que el lenguaje es un signo y como tal se compone de significante y significado. Nuestros criterios se refieren sólo al significante.

Un lenguaje religioso no será verdadero por varias posibles razones:

- Porque se sirva de expresiones o de palabras que para la mentalidad de los oyentes sean inadecuadas anacrónicas o inaceptables por una u otra razón.
- Porque se utilicen expresiones adecuadas pero quien las emplea no se halla implicado en lo que dice.
- Porque absolutice realidades de este mundo relativas en sí (y de este modo esté construyendo ídolos) o porque tome realidades absolutas, y en definitiva a Dios mismo, como un objeto manipulable.
- Porque olvide la referencia escatológica y no se pronuncie con ese “temor y temblor” que es el clima y el talante de quien ya posee realidades definitivas pero solamente en “primicias”.
- Finalmente -y quizá esta última razón pueda ser como la síntesis de todas las demás -porque olvide lo que expresaba certera y rotundamente la frase de Barth: **“Hablo de Dios, pero el que habla es un hombre”**.

Como sin duda ha quedado claro de todo lo dicho hasta aquí, el lenguaje religioso será siempre inadecuado y su verdad será un horizonte al que el hombre religioso se acercará más o menos. Es una experiencia ya reflejada por los profetas que alegaban siempre “no saber hablar”. Pero aún teniendo esto en cuenta, debemos y queremos hablar de Dios y la verdad de nuestro lenguaje vendrá precisamente de las razones opuestas a la expresadas más arriba. El lenguaje religioso será más verdadero:

- Cuanto más parta de la cultura y de la situación anímica de sus destinatarios.
- Cuando quien habla se sienta realmente implicado por lo que dice.
- Cuanto más claramente Dios y las realidades religiosas no sean mentadas como objetos sino como realidades personales que superan lo que se dice aunque se manifiesten también a través de la palabra.
- Cuanto más deje abierta una puerta a la confirmación escatológica.
- Cuanto más claramente tenga quien habla que si Dios se expresa y se manifiesta por la palabra, El es más grande que nuestro corazón.